

El cuerpo humano encierra más misterios y sorpresas en sus partes visibles que en las invisibles. Así lo considera Michael Sims, que ha publicado la obra *El ombligo de Adán*, en que interpreta semióticamente el cuerpo. El título toma en préstamo el nombre del capítulo sobre el ombligo. Al remitir con él al nudo que hay en el vientre, simboliza así lo insondable del cuerpo. El ombligo representa a todo el cuerpo como punto de contacto que es con lo desconocido. El subtítulo de la obra es más explícito y refiere su contenido de *Historia natural y cultural del cuerpo humano*. En doce capítulos establece un recorrido por las partes del cuerpo, comenzando por la cabeza para acabar en los pies, que le sirve de motivo para explorar pasajes de la historia cultural y de la socialización de la fisiología humana. He aquí la presentación que hace Sims del guión de su libro:



“He elegido la ruta que desciende de la cabeza a los pies por dos razones. Primero, me atraía como narración, como viaje más que como sistema. Luego, recordé que cada ser humano de hecho se desarrolla siguiendo esta misma progresión. Para el niño recién nacido, el primer rasgo de su cuerpo recién acuñado que queda bajo su control son los músculos oculares.” (pág. 18).

Comienza el ensayista su recorrido por la cara, considerada en su conjunto, los vigilantes ojos después, como ha indicado, las agudas orejas, el ridículo órgano de la nariz y la sonrisa arcaica de la boca. Así es como:

“Gradualmente llega la conciencia y el dominio del resto de los músculos faciales, que alcanzan el consabido hito cuando aparece la sonrisa voluntaria. Más tarde pasa a dominar los músculos del cuello, y la cabeza ya no se le cae a los lados. Por último, el torso y el tronco pasan a formar parte de la percepción que tiene de sí mismo. Los descontrolados brazos y, finalmente, también las piernas son incorporadas al servicio del resto del cuerpo.” (pág. 18).

Un detalle mayor de los capítulos nos informa de que también tratan de hombros, brazos, manos, pecho y pechos, abdomen, ombligo, cintura y genitales, nalgas, piernas y pies. Se diría que ello es material apto para una lección de anatomía, pero en realidad con esta colección el autor compone en doce etapas un paseo que permite celebrar tanto la admirable especialidad fisiológica de cada parte del cuerpo como su adaptación a usos sociales variadísimos.

Michael Sims es autor de ensayos sobre ciencia y cultura. Ha sido editor y librero. Y es un comunicador que ha colaborado en emisoras de radio y en publicaciones periódicas. La contribución que hace Sims en *El ombligo de Adán* destaca por dos razones. Por una parte, su interés por los aspectos culturales va de la mano de un preciso, selectivo y relevante conocimiento de la naturaleza, en la fisiología y anatomía corporales. Los comentarios de carácter físico son un recurso muy bien calculado para amplificar el sentido de las



interpretaciones comunicativas del cuerpo. Esta vertiente positivista del libro es un aliciente indudable, ya que aporta datos y hechos tangibles sobre los que proyectar un análisis ulterior. Su análisis pretende realzar cada órgano o extremidad mediante una simbología. Ello forma parte de la tradición literaria, como se aprecia en los versos de Shakespeare que ensalzan a “su majestad la cabeza, el ojo centinela, el corazón consejero, el brazo guerrero, la pierna corcel, la lengua clarín”. Y en esta vinculación con los símbolos tradicionales se cifra la segunda razón del mérito de *El ombligo de Adán*, pues Michael Sims recoge elementos de la tradición literaria y cultural, de la historia del arte y del psicoanálisis con una erudición que tiene el encanto del relato.

Su tesis es que el cuerpo expresa los indicios de la historia de la evolución humana, desde los primeros homínidos hasta hoy día. La diversidad que tiene la humanidad en etnias y usos culturales es llamativa y digna de consideración. Pero por encima de esta rica variación, su interés se centra en esa carnalidad que iguala a todos, los vivos y los que desaparecieron con su época, y que brinda por igual el goce y la confusión del cuerpo, la lucha por adquirir el dominio de sus recursos y el contento de satisfacer tantas necesidades que, a veces, no se sabe si se han inventado precisamente para exhibir la portentosa capacidad de nuestro cuerpo.

Citemos unos ejemplos sobre la técnica expositiva de Sims. El primer texto trata del uso de las manos para comunicar mediante el lenguaje de signos y de las conexiones que esta actividad establece entre las manos y el cerebro del “signador”. En él, el ensayista actúa como un buen comentarista científico, que está atento a ciertos progresos científicos y que además tiene el don de explicarse como quien se dirige a una gran audiencia:

“Otra conexión entre el cerebro y las manos se pone de manifiesto en cómo los niños pequeños que están expuestos al lenguaje de signos enseguida comienzan a gesticular de un modo que recuerda el barboteo característico de las primeras tentativas de hablar. En un artículo aparecido en el año 2001 en *Nature*, la psicóloga de Dartmouth Laura Ann Petitto publicó sus hallazgos sobre este fascinante tema. «Vemos en las manos fragmentos de signos en pequeñas dosis», son golosinas lingüísticas que indican que los centros cerebrales están capacitados para adquirir el lenguaje sin las limitaciones que identifican el lenguaje con el habla.” (p. 162).

Y después de tratar de la mano en su conjunto vienen los dedos. En este otro fragmento, Sims recopila unas notas sobre el léxico en inglés sobre los dedos y su etimología:

“Puesto que el deterioro de la mano siempre ha puesto en peligro el bienestar del individuo, los sistemas legales han ido codificando a lo largo de los siglos las compensaciones que puede esperar la víctima por la pérdida de un dedo. En su mayor parte han sido más detalladas que la letanía vengativa del Éxodo: «Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie...». Alfredo, rey sajón de Wessex, Inglaterra, del siglo IX, dejó constancia de estas compensaciones y, por lo tanto, sabemos qué nombre daba a los dedos. El pulgar se llamaba *duma* y los demás, sucesivamente, *scythe finger* (dedo de la siega), *middlestafinger* (dedo medio), *goldfinger* (dedo de oro) y *lytlafinger* (dedo pequeño). La venerable palabra inglesa *finger* se remonta al inglés antiguo, y es afín a la danesa *vinger* y a la noruega antigua *fingr*.” (p. 173).

Estos dos ejemplos pertenecen al capítulo sobre la mano, titulado “La zarpa del mono”. Su elección, que no responde a una idea predeterminada, lleva nuestra mirada sobre una de las partes más distintivas del ser humano. No en vano el citado capítulo es el más extenso, en igualdad de páginas con los relativos a las partes privadas y a la pierna.



Para nuestro propósito, que es el estudio de la comunicación, los trabajos de divulgación como *El ombligo de Adán* hallan su mayor utilidad al incorporarse a una colección de títulos sobre comunicación de diverso tipo. En esta colección ha de figurar también una obra reciente, *Tres finestres abiertas al món de la comunicació (Tres ventanas al mundo de la comunicación)*, de Ricard Morant y Miquel Peñarroya, publicada por Editorial Denes en el año 2004. Las tres ventanas que analizan Morant y Peñarroya son el lenguaje del tacto, el olfato y el gusto. Textos como *El ombligo de Adán* y *Tres finestres abiertas al món de la comunicació* muestran que los estudios de la comunicación no verbal acreditan una producción interesante y diversa. La particularidad de Michael Sims es tratar del cuerpo mediante la confluencia de las perspectivas de la fisiología y de la historia cultural.

Xavier Laborda Gil

Universidad de Barcelona
xlaborda@ub.edu

